

---

# MÓDULO DE VIDEO CONFERENCIA: TEOLOGÍA BÍBLICA

---

**30 LECCIONES**

Ponente: Robert D. McCurley M.Div.



**The John Knox Institute**  
of Higher Education

*Confiamos nuestra Herencia Reformada a la Iglesia en Todo el Mundo*

**Instituto John Knox de Educación Superior**

*Confiando nuestra Herencia Reformada a la Iglesia en Todo el Mundo*

© 2019 por John Knox Institute of Higher Education

Todos los derechos reservados. No se reproducirá ninguna parte de esta publicación de ninguna forma ni por ningún medio con fines de lucro, a excepción de citas breves con fines de revisión, comentario o beca, sin el permiso por escrito del editor, Instituto John Knox, P.O. Box 19398, Kalamazoo, MI 49019-19398, USA

A menos que se indique lo contrario, todas las citas de las Escrituras son de la Versión Autorizada (King James) de la Biblia.

Visita nuestro sitio web: [www.johnknoxinstitute.org](http://www.johnknoxinstitute.org)

El Reverendo Robert McCurley es el ministro del Evangelio en la Iglesia Presbiteriana de Greenville en Greenville, SC, una congregación de la Iglesia Libre de Escocia (Continuada). [www.freechurchcontinuing.org](http://www.freechurchcontinuing.org)

# *Módulo*

---

## **TEOLOGÍA BÍBLICA**

**30 LECCIONES**

**ROBERT D. McCURLEY M.DIV.**

**21 CAPÍTULOS ANTIGUO TESTAMENTO · 9 CAPÍTULOS NUEVO TESTAMENTO**

### *Lecturas del Antiguo Testamento:*

1. Introducción
2. La Creación
3. La Caída
4. Noé
5. Abraham
6. Los Patriarcas I
7. Los Patriarcas II
8. El Éxodo
9. El Sinaí
10. El Tabernáculo
11. Los Sacrificios
12. El Sacerdocio
13. La Herencia
14. David
15. Los Salmos
16. Salomón
17. El Templo
- 18. El Reino**
19. Los Profetas
20. El Exilio
21. La Restauración

### *Lecturas del Nuevo Testamento:*

22. La Encarnación
23. La Expiación
24. La Resurrección
25. El Pentecostés
26. La Iglesia
27. La Unión
28. La Solicitud
29. La Misión
30. La Gloria

# Lección 18

---

## EL REINO

### *Tema de la Lectura:*

Después de que el reino se divide, tanto Israel como Judá se vuelven del pacto de Dios a la idolatría, y Dios pone ante ellos el camino a las bendiciones y maldiciones. Está claro que el gran Rey de Dios aún no ha venido.

### *Texto:*

“Porque él es nuestra paz, que de ambos pueblos hizo uno, derribando la pared intermedia de separación... y mediante la cruz reconciliar con Dios a ambos en un solo cuerpo, matando en ella las enemistades” (Ef. 2:14, 16).

## TRANSCRIPCIÓN DE LA LECCIÓN 18

Los niños aman las historias de reyes poderosos, hermosos castillos y vastos reinos. Todos encontramos asombrosos los relatos de heroísmo, victorias y derrotas, y es interesante rastrear el enredado camino asociado con el ascenso y la caída de grandes reinos. Pero los cristianos saben que las naciones de este mundo no son el foco principal de la historia. La historia es la historia de Dios, y Él se coloca en el centro de Su historia, Su reino, Su iglesia y Su pueblo. En última instancia, todo en el mundo gira en torno al desarrollo del plan de redención de Dios. Todo en la historia sirve al propósito del evangelio de Dios.

¿Cuál es la causa detrás de la división del reino de Israel en dos partes? Y, ¿cuál es el significado teológico de este evento? ¿Qué papel desempeñan David y Jeroboam a lo largo de esta larga historia? ¿Se curará la división alguna vez? Y si es así, ¿cómo? ¿Cuál fue el pecado número uno que Dios enfrentó más a menudo en el Antiguo Testamento? ¿Cómo se trasladaron los temas teológicos derivados del período del reino dividido al Nuevo Testamento? ¿Cómo establece este período nuestra expectativa de lo que vendrá con la llegada de Cristo y las implicaciones para el resto de la historia? ¿Hay algo que pueda ayudarnos a realizar un seguimiento de todos los detalles de esta parte confusa de la historia redentora? El alcance de esta lección cubre el período de la historia redentora que se extiende desde la división del reino después de Salomón hasta el momento anterior al exilio babilónico de Judá. Consideraremos los puntos teológicos obtenidos de esta historia, que son las obras de Dios. En la próxima lección, nos enfocaremos en la Palabra de Dios hablada a Su pueblo a través de los profetas durante el mismo período.

Pero permíteme comenzar ofreciendo algunas sugerencias que te ayudarán mucho en tu estudio de esta parte de la Biblia y en la comprensión de Su teología. En primer lugar, después de la división de la tierra en los dos reinos del sur de Judá y el norte de Israel, hay dos líneas paralelas. Por lo tanto, si puedes encontrar o crear una línea de tiempo que muestre los reyes de Judá y los reyes de Israel, será de gran ayuda para tus estudios.

Pero con igual importancia, necesitas saber qué profetas envió Dios a Judá y qué profetas que envió a Israel y cuándo profetizaron a sus respectivas naciones. Añade esta información a tu línea de tiempo también. Cuando estás leyendo las narraciones dentro de los libros históricos, como 2<sup>da</sup> Samuel, 2<sup>da</sup> Reyes, 2<sup>da</sup> Crónicas, o incluso Esdras, Nehemías, Ester, etc., debes consultar tu línea de tiempo para ver qué profetas estaban profetizando en qué momento. Ahora, ¿por qué es esto importante? Bien, has visto en este curso, la importancia de conectar los eventos en desarrollo de la historia redentora, las obras de Dios, con la Palabra de Dios. Entonces, debes estudiar lo que Dios le estaba diciendo a Judá o a Israel a través de Sus profetas mientras estudias el desarrollo de la historia de estas dos naciones. Eso combinaría la revelación de Dios en la historia y Su revelación en la profecía, proporcionando así una imagen completa del mensaje de Dios. Este método mejorará en gran medida tu comprensión de la teología de la Biblia.

En segundo lugar, todos tus estudios sobre los detalles de los eventos históricos en los primeros cinco libros de las Escrituras, y especialmente tu conocimiento detallado de la ley de Dios, junto con la teología que has extraído de todo esto, serán indispensables para tu estudio y comprensión de los profetas, en particular, porque los profetas harán constantes referencias a este material, que los judíos habrían reconocido, y tú también deberías hacerlo. Los profetas los dirigieron al pasado, al futuro y a las implicaciones del presente. Estaremos considerando a los profetas en la próxima lección.

Por último, un poco de conocimiento de la geografía de Judá e Israel también será útil. Si tienes acceso a mapas bíblicos que te ayuden. Esto nos sirve, no solo para seguir la línea de la historia, sino también por el significado teológico atribuido a lo que ocurrió en varios lugares. Te recomiendo encarecidamente que utilices estas sugerencias a través de tu estudio del Antiguo Testamento.

En segundo lugar, prestemos atención a lo que vemos en este período de la historia. Dios reveló que los reyes debían representar al Señor mismo ante Su pueblo y, por lo tanto, tener el corazón de Dios. David proporcionó el modelo de un rey que reinó bajo el Señor, enfocado en los intereses de Dios y Su gloria, y gobernando bajo Su ley. Leemos en 1<sup>ra</sup> Samuel 16:7: “Jehová no mira lo que mira el hombre; pues el hombre mira lo que está delante de sus ojos, pero Jehová mira el corazón”. Dios dice que David fue uno “que guardó mis mandamientos y anduvo en pos de mí con todo su corazón” (1<sup>ra</sup> Reyes 14:8). Recuerda esas últimas palabras: “haciendo solamente lo recto delante de mis ojos”. David se convirtió en el estandarte de un rey piadoso, pero también surgió otro rey, uno que se convirtió en el estandarte de un rey impío, a saber, Jeroboam. Notarás que el contraste entre David y Jeroboam se repite una y otra vez a lo largo de la historia de Israel.

Entonces, por ejemplo, fijate en la descripción del rey piadoso, Ezequías, en 2<sup>da</sup> Reyes 18:3. Dice: “Hizo lo recto ante los ojos de Jehová, conforme a todas las cosas que había hecho David su padre”. En contraste, cuando la Biblia describe a los reyes impíos, ves las siguientes palabras repetidas una y otra vez, tomaré un ejemplo de Joacaz en 2<sup>da</sup> Reyes 13:2 donde dice: “E hizo lo malo ante los ojos de Jehová, y siguió en los pecados de Jeroboam hijo de Nabat, el que hizo pecar a Israel; y no se apartó de ellos”. Verás esta comparación con todos los reyes impíos: “Siguió en los pecados de Jeroboam hijo de Nabat, el que hizo pecar a Israel”. Las breves referencias a David, porque hay pocos reyes piadosos, y las referencias frecuentes a Jeroboam son obvias cuando estás leyendo esta porción de las Escrituras, pero en todos estos casos habla de lo que era correcto o malo ante los ojos del Señor, ante Su vista. Claramente, lo que Dios ve es lo que más importa. Los reyes piadosos y los impíos se distinguían por tener o no a Dios, Su causa, Su gloria, Su ley, Su pacto en el centro de sus intereses. ¿Fueron hombres conforme el corazón de Dios, o fueron hombres opuestos a Dios?

La historia de Israel después de Salomón es, en gran medida, un relato de la ruptura del pacto y la rebelión. Comienza con el desgarramiento catastrófico de la nación en dos partes. Esta división entre las dos naciones, las dos tribus en el sur y las 10 tribus en el norte, amplía la ruptura irreparable en la teocracia de Israel. La tierra prometida fue destruida. Roboam, el hijo de Salomón, se convirtió en rey en el sur. Jeroboam se convirtió en el primer rey del norte. Todo esto comenzó con la propia apostasía de Salomón en 1<sup>ra</sup> Reyes 11. Luego, su hijo Roboam hizo la brecha aún más profunda con su locura y dureza, como se ve en 1<sup>ra</sup> Reyes 12. Jeroboam con las diez tribus del norte se rebeló y formó una nación separada. Leemos en 1<sup>ra</sup> Reyes 12:16 estas siniestras palabras: “[El pueblo] le respondió estas palabras”, es decir, a Roboam, “diciendo: ¿Qué parte tenemos nosotros con David? No tenemos heredad en el hijo de Isaí. ¡Israel, a tus tiendas!; ¡Provee ahora en tu casa, David! Entonces Israel se fue

a sus tiendas”. ¿Puedes ver lo que está pasando aquí? Se separaron de Jerusalén, del templo, de los sacrificios y del sacerdocio. Es decir, se separaron de Dios y de su pacto.

Nota las ineludibles implicaciones de esta acción. El norte de Israel se retiró y desechó el Pacto Davídico, y luego se rebeló contra las prescripciones del Pacto Mosaico y lo que siguió más adelante en ese mismo capítulo, 1<sup>ra</sup> Reyes 12. Este fue el comienzo de una fuerte decadencia espiritual que condujo a la expulsión de Israel al exilio por parte de Asiria. Ninguno de los reyes del norte de Israel fue siervo fiel de Jehová. Jehú se acercó más, pero aún fue un idólatra. En 2<sup>ra</sup> Reyes 17, vemos que Israel fue llevado al cautiverio porque persistieron en la idolatría. Ahora, la palabra judíos está designada para el reino del sur de Judá. Eventualmente, los judíos, que es el sur, considerarían a Israel en el norte como mestizos gentiles, una mezcla de sangre gentil y judía. En los días de Jesús, vemos el desdén que los judíos tenían por los del norte. En Juan 4:9, leemos: “Porque judíos y samaritanos no se tratan entre sí”. El sur de Judá no aprendió de los tratos de Dios con el norte de Israel. En su lugar, siguieron sus pasos de apostasía espiritual y volvieron a sufrir las consecuencias, similares a las que Israel experimentó cuando Judá fue llevada al exilio en Babilonia. Pero cubriremos el exilio y la restauración de Judá en futuras lecciones.

Ocho reyes de Judá fueron considerados fieles hasta cierto punto, andando en los caminos de David en diferentes grados. Once reyes de Judá fueron completamente infieles. La profanación del templo de Dios alcanzó su apogeo bajo el reinado de Manasés. En 2<sup>da</sup> Reyes 21:2 leemos: “E hizo lo malo ante los ojos de Jehová, según las abominaciones de las naciones que Jehová había echado de delante de los hijos de Israel”. Cometió gran idolatría y dedicó la simiente del pacto, a los hijos, a los dioses falsos sacrificándolos en fuego. Se arrepintió en los últimos dos años de su vida, pero no fue suficiente para reducir las influencias del mal en su hijo, que ascendió al trono después de él.

Ahora, leemos acerca de la curación de esta división de la nación en la profecía de Ezequiel, quien profetizó alrededor del tiempo del exilio de Judá. En Ezequiel 37:16–17, ves la descripción de cómo Dios promete que los dos bastones de Israel y Judá se volverían uno, pero la división solo sería eliminada en el nuevo pacto cuando el evangelio se trasladara de Jerusalén a Judea, a Samaria y hasta los confines de la tierra como se ve en Hechos 1:8. Pablo habla de esta sanación del evangelio entre las dos tribus y, más generalmente, entre los judíos y los gentiles en Efesios 2 versículo 14 y siguientes. Dice: “Porque él”, es decir, Cristo, “es nuestra paz, que de ambos pueblos hizo uno”, es decir, a los judíos y los gentiles, “derribando la pared intermedia de separación”. Continúa, “y mediante la cruz reconciliar con Dios a ambos en un solo cuerpo, matando en ella las enemistades”.

En segundo lugar, eso nos lleva a considerar algunos de los temas teológicos durante este período. En primer lugar, recuerda que en el corazón de la promesa a David había tres cosas: un mediador de la simiente de David, en segundo lugar, el pacto de gracia que establecía el vínculo con Dios y un reino que representa el trono y el reinado de Dios. La historia después de la división del reino representa en gran medida el intento de Israel de deshacerse de estos tres, pero un pecado primario tomó el centro del escenario. Entonces, déjame hacerte una pregunta. ¿Cuál fue el pecado número uno que Dios enfrentó más a menudo en el Antiguo Testamento? ¿Qué dirías en respuesta a esa pregunta? Bueno, la respuesta es la idolatría. Es clara e inequívocamente la idolatría. El pueblo de Dios no pudo permanecer separado del mundo ajeno a Dios que se encontraba a su alrededor. En cambio, ellos imitaban sus malos caminos. Hay muchos temas que podríamos resaltar durante el período del reino dividido, pero el más dominante se refiere a la idolatría, por lo que dedicaremos un tiempo a explorar la revelación de Dios sobre este punto de la teología.

La idolatría se origina en el corazón y en la mente, no en lo que está en la mano. Lo que está en la mano es el derivado. Un ídolo es lo que amamos, estimamos, seguimos o priorizamos por encima de Dios mismo. Un ídolo puede referirse a cualquier dios o a cualquier cosa además del verdadero Dios, o a una imagen del verdadero Dios que se desvía de la pureza de la forma de adoración designada por Él. Ya vimos la partida espiritual inicial a través de la idolatría de Salomón. Eso nos lleva a Jeroboam, el primer rey del reino separado del norte de Israel.

En 1<sup>ra</sup> Reyes 12, leemos que estableció, en rebelión contra la ley de Dios, una forma separada de adoración en el norte con un sacerdocio separado, lugares altos, ciudades de equivalentes a Jerusalén y festividades distintas. En el centro de esto estaban los ídolos. Leemos en 1<sup>ra</sup> Reyes 12:28: “Y habiendo tenido consejo, hizo el rey dos becerros de oro, y dijo al pueblo: Bastante habéis subido a Jerusalén; he aquí tus dioses, oh Israel, los cuales te hicieron subir de la tierra de Egipto”. Ahora, todo esto te debe sonar familiar. Es una repetición de un incidente que leemos en Éxodo 32 cuando, en ausencia de Moisés, Aarón hizo un becerro de oro.

Ahora, si regresas a la ley, recuerdas que el segundo mandamiento prohíbe todas las formas de idolatría y que la ley bíblica de adoración a Dios requiere que Su pueblo solo lo adore como lo ha ordenado sin sumar ni restar. Y debes recordar las palabras de Deuteronomio 4:15–16. Dios dice: “Guardad, pues, mucho vuestras almas; pues ninguna figura visteis el día que Jehová habló con vosotros de en medio del fuego; para que no os corrompáis y hagáis para vosotros escultura, imagen de figura alguna”. Dios prohibió las imágenes de Él.

Nota que tanto en Éxodo 32:4, el relato anterior de los días de Moisés, como en 1<sup>ra</sup> Reyes 12:28, en los días de Jeroboam, los becerros de oro se describen como imágenes de Jehová, el Dios que los sacó de la tierra de Egipto. Ahora, todas las imágenes de Dios están prohibidas, y todas las formas de otros dioses también están condenadas. Esta es una clara violación de la ley de Dios. El pecado de la idolatría continúa persistiendo durante el resto de los reyes, cada vez más y más, lo que provoca la ira de Dios y llama a Su castigo. Isaías 42:8 dice: “Yo Jehová; este es mi nombre; y a otro no daré mi gloria, ni mi alabanza a esculturas”.

Ahora, permíteme señalar una consecuencia importante de la idolatría. ¿Cuál podría ser? Bueno, es la siguiente: nos parecemos a lo que adoramos. Cuando los hombres adoran a los ídolos, se vuelven como lo que adoran. Este es un punto teológico muy importante en el Antiguo Testamento, en la Biblia en su conjunto. Entonces, en el Salmo 115:4–7 leemos una descripción de los ídolos; dice que tienen ojos y no ven, oídos, pero no oyen, y así sucesivamente. Pero quiero que notes lo que dice el versículo 8, dice: “Semejantes a ellos son los que los hacen, y cualquiera que confía en ellos”. Este es un principio que podemos rastrear a través de toda la Biblia. Nos convertimos en lo que adoramos, pero hay más. Esa semejanza nos arruinará, en el caso de la idolatría, o, alternativamente, nos restaurará, en el caso de adorar a Dios. En el caso de la idolatría, sufriremos el castigo de Dios junto con el castigo de los ídolos a los que nos parecemos y adoramos. El celo santo de Dios no tolera los ídolos. Si los hacemos, Él los destruirá. En todo esto, Israel se apartó del pacto de Dios. Se convirtieron en quebrantadores del pacto sometidos a las maldiciones del pacto. Esto queda claro si estudias la historia de los reyes y comparas lo que lees con las advertencias de Dios que se encuentran en Deuteronomio 28 y Levítico 26. En realidad, puedes rastrear los detalles punto por punto. Dios siempre cumple Sus promesas: tanto las bendiciones como las maldiciones. El pueblo de Dios fue exiliado porque Dios fue fiel a Su pacto y trajo la maldición prometida.

Bueno, en cuarto lugar, pensemos en cómo se lleva todo esto al Nuevo Testamento, conectándolo con los desarrollos en el Nuevo Testamento. Juan Calvino advirtió que el corazón humano es una fábrica perpetua de ídolos. La lección sobre la idolatría continúa hasta el cristiano contemporáneo. Leemos sobre el incidente de Éxodo 32 del que hablamos anteriormente. Leemos sobre eso en el Nuevo Testamento en 1<sup>ra</sup> Corintios 10:6–7, Dice: “Mas estas cosas sucedieron como ejemplos para nosotros, para que no codiciemos cosas malas, como ellos codiciaron. Ni seáis idólatras, como algunos de ellos, según está escrito: Se sentó el pueblo a comer y a beber, y se levantó a jugar”. Esa advertencia se hace eco a través de todo el Nuevo Testamento. Por ejemplo, Pablo escribe en 2<sup>da</sup> Corintios 6:16–17, observa que está empleando el lenguaje del pacto: “¿Y qué acuerdo hay entre el templo de Dios y los ídolos? Porque vosotros sois el templo del Dios viviente, como Dios dijo: Habitaré y andaré entre ellos, y seré su Dios, y ellos serán mi pueblo. Por lo cual, Salid de en medio de ellos, y apartaos, dice el Señor, y no toquéis lo inmundo; y yo os recibiré”. Juan concluye su primera epístola en 1<sup>ra</sup> Juan 5:21 con esta exhortación: “Hijitos, guardaos de los ídolos”. Por lo tanto, la advertencia sobre la idolatría es tan relevante hoy como lo ha sido siempre. Todavía es una expresión de los santos celos de Dios y de los santos estándares de su ley, pero el evangelio hace más que liberarnos de la idolatría.

Aquellos que adoran al verdadero Dios en espíritu y en verdad son transformados en Su semejanza. Nos convertimos en lo que adoramos. Dios hizo al hombre según su propia imagen en el jardín. Eso, por supuesto, se dañó después de la caída, pero Dios sigue siendo el único foco legal de nuestra adoración, y aquellos que acuden a Él por fe en el evangelio y lo adoran como lo ha designado en Su Palabra, experimentan la restauración de Su semejanza a través del ministerio del Espíritu. En 2<sup>da</sup> Corintios 3:18 leemos acerca de esto: “Por tanto, nosotros todos, mirando a cara descubierta como en un espejo la gloria del Señor, somos transformados de gloria en gloria en la misma imagen, como por el Espíritu del Señor”. Romanos 8:29 nos enseña que Dios predestina a Su pueblo para ser conformado a la imagen de su Hijo, así que existe la advertencia de no hacer ninguna imagen, ni de Dios ni de cualquier otro ídolo, pero también existe la bendición prometida por adorar a Dios y ser hecho a Su imagen.

Luego, en el período del Antiguo Testamento del reino dividido, leemos de un rey tras otro, uno tras otro, y cada vez que nos vemos obligados a concluir que no es el único, no es el gran Rey prometido. Otro Rey, uno aún



mayor está por llegar. En otras palabras, nos quedamos esperando y mirando hasta que por fin aparece Cristo en las páginas del Nuevo Testamento como el verdadero y último Heredero del trono de David. Cristo es el único Rey que verdaderamente está detrás del corazón de Dios porque Él es el Mesías divino. Tendría éxito en lograr el dominio de Dios donde Adán fracasó originalmente y donde todos los reyes de Israel fracasaron. Vemos esto en la descripción de la ascensión de Cristo anunciada en Daniel 7:13-14: “Miraba yo en la visión de la noche, y he aquí con las nubes del cielo venía uno como un hijo de hombre, que vino hasta el Anciano de días, y le hicieron acercarse delante de él. Y le fue dado dominio, gloria y reino, para que todos los pueblos, naciones y lenguas le sirvieran; su dominio es dominio eterno, que nunca pasará, y su reino uno que no será destruido”. Jesús aplica este texto a Sí mismo en los evangelios. Anteriormente, en Daniel 2, Dios describe el reino de Cristo en un sueño a Nabucodonosor. Leemos en el capítulo 2, versículo 44: “Y en los días de estos reyes el Dios del cielo levantará un reino que no será jamás destruido, ni será el reino dejado a otro pueblo; desmenuzará y consumirá a todos estos reinos, pero él permanecerá para siempre”. Estos textos en Daniel 2 y Daniel 7 respaldan la gran comisión de Cristo al final de Mateo 28 en la que nos llama a llevar el evangelio hasta los confines de la tierra y discipular a las naciones.

Verás, la historia del Antiguo Testamento proporciona el trasfondo del tema del reino en el Nuevo Testamento. El reino de Cristo supera a todos los demás reinos porque Cristo como Rey supera a todos los demás reyes. Él es el Rey de reyes. Su reino se extenderá por toda la tierra. Leemos en Apocalipsis 11:15: “Los reinos del mundo han venido a ser de nuestro Señor y de Su Cristo; y Él reinará por los siglos de los siglos”. También leen sobre el éxito final del evangelio entre las naciones y la descripción del cielo en Apocalipsis 21:24: “Y las naciones que hubieren sido salvas andarán a la luz de ella; y los reyes de la tierra traerán su gloria y honor a ella”. Aquí hay un hermoso cuadro. Aquí está el gran Rey, el Prometido, que quedamos esperando a través de nuestra lectura del Antiguo Testamento. Y, ¿qué reino es como el Suyo? No hay otro. Entonces, la oración original de Salomón sigue siendo el grito del corazón de cada verdadero cristiano de hoy. En 1<sup>ra</sup> Reyes 8:60 dice: “A fin de que todos los pueblos de la tierra sepan que Jehová es Dios, y que no hay otro”. En el Salmo 67 sigue estando nuestra canción constante, porque le pedimos al Señor que tome el glorioso evangelio de Su gracia a todas las naciones y que los alegre en el Señor Jesucristo.

En conclusión, después de que el reino se divide, tanto Israel como Judá se alejan del pacto de Dios a la idolatría, como hemos visto, y Dios les presenta el camino, las bendiciones y las maldiciones. Está claro en el Antiguo Testamento que el gran Rey de Dios aún no había llegado. En esta lección nos hemos centrado en la historia y su teología. En la próxima lección, retomaremos el mensaje profético, la Palabra de Dios para Su pueblo durante este mismo período.